

MAYO

EVANGELIOS DOMINICALES Y CELEBRACIONES DE IGLESIA

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 07.05.2023

La Palabra (Extracto de Juan 14,1-12)

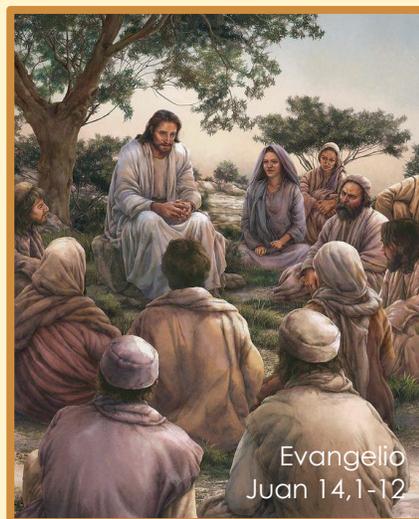
Dijo Jesús: *No se inquieten. Crean en Dios, y crean también en mí. En la casa de mi Padre hay lugar para todos; si no fuera así, ya lo habría dicho; ahora voy a prepararles ese lugar. Una vez que me haya ido y les haya preparado el lugar, regresaré y los regresaré conmigo, para que puedan estar donde voy a estar yo. Ustedes ya saben el camino para ir donde yo voy.*

Tomás le dijo: *- Pero Señor, no sabemos adónde vas; ¿cómo vamos a saber el camino?* Jesús le respondió: *- Yo soy el camino, la verdad, y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí. Si me conocieran, conocerían también a mi Padre. Desde ahora lo conocen pues ya lo han visto.*

Entonces Felipe le dijo: *- Señor, muéstranos el Padre; eso nos basta.*

Jesús le contestó: *- Llevo tanto tiempo con ustedes, ¿y aún no me conoces, Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre. ¿Cómo me pides que les muestre al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo les digo, no son palabras mías. Es el Padre, que vive en mí, el que está realizando su obra. Deben creerme cuando afirmo que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí; si no creen en mis palabras, crean al menos en las obras que hago.*

Les aseguro que el que cree en mí, hará también las obras que yo hago, e incluso otras mayores, porque yo me voy al Padre.



Una reflexión para la vida de familia

En este dialogo íntimo de Jesús con sus discípulos, en el que les asegura que ya se acerca el momento que deberá dejarlos para ir al encuentro de su Padre les hace una advertencia al decirles: *“No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí.”* Pues daba la impresión de que no estaban seguros de lo que les decía, ya que, por una parte, aceptaban su presencia como un profeta que era la experiencia de sus antepasados y por otra, no entendían su relación con Dios del cual se decía su Hijo.

Por eso les habla con claridad acerca de lo que vivirá. Les hace ver que irá a la casa del Padre, en donde les preparará un lugar, para volver luego y llevarlos consigo. Y ante sus expresiones dubitativas, les dice: *“Ustedes ya saben el camino para ir adonde yo voy.”*

Esto ya era más concreto por ello Tomás, para salir de dudas le dice: “Pero, Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo vamos a saber el camino?” A lo que Jesús responde diciendo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí.”



Con ello les estaba dejando en claro que para ir donde Él iba debían seguir su huella, las enseñanzas que les había entregado durante el tiempo que habían pasado juntos. Pues eso era la verdad, no lo que podían escuchar de otros que les señalaban un camino distinto, ya que era la única manera de llegar al Padre en la vida eterna que Él les regalaba si permanecían fieles a lo recibido. Por eso les asegura que sólo así lograrán llegar al Padre, pues, por Él, es la única forma de acceder a su reino.

Entonces Felipe le dijo: “Señor, muéstranos al Padre; eso nos basta.” Parecía lógico preguntar eso, pues hasta ese momento sabían de su existencia por las palabras de Jesús y aun cuando habían visto y sido testigos de los grandes prodigios hechos por su Maestro, en ninguna ocasión se les hizo presente el Padre, aunque el Señor les

había asegurado que era Él quien realizaba los portentos.

Jesús, mirándole con cariño le dijo: “Llevo tanto tiempo con ustedes, ¿y aún no me conoces, Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre.” Con su expresión le está señalando algo de carácter muy humano: cuando dos seres se aman tienden a asemejarse a tal punto que viendo a uno vemos como un reflejo del otro. Ahora, si el amor es perfecto, perfecta será la imagen que el otro proyecte. Esto es lo que Jesús le dice a Felipe, pues entre Él y el Padre existe una unión perfecta. Por lo tanto, quien ve a Jesús, ve al Padre.

De esta manera nos expresamos los seres humanos cuando decimos que por nuestras obras nos han de conocer. Por eso si somos cristianos y estamos adheridos a Cristo, nuestras acciones deberán reflejar lo que decimos ser, de lo contrario estaríamos traicionando al Señor y engañando al prójimo.

Por ese motivo Jesús los conmina a que crean en Él y si no lo hacen por sus palabras, al menos reconozcan la obra del Padre en lo que hace. Así, les asegura, que si creen realmente en Él harán cosas iguales o mayores a las por Él realizadas, siendo esto válido para todos quienes crean realmente en Él.

De esto hay testimonio en la vida de muchos seguidores de su doctrina que han guardado su Palabra, le aman y han creído en Él sin reservas.

Ciertamente que esto representa un desafío para todos cuantos nos hemos unido a Cristo a través de su Iglesia y nos desenvolvemos en los diversos ambientes del quehacer humano. En la sociedad actual, en la que estamos llamados a ser testigos de su presencia viva en medio de los hombres. En medio de este mundo obstinado en negar su presencia, haciéndolo evidente por nuestro obrar.

Podemos pensar que ello nos pone la vara muy alta y no podremos alcanzar dicha altura, pero olvidamos que la fe viene en nuestro auxilio, pues el mismo Señor nos lo ha dicho, que, si creemos y nos adherimos a Él sin reservas, haremos lo mismo que Él hizo. Y la certeza de esto nos llega en sus palabras de despedida de los suyos, cuando les asegura que, si guardan sus palabras, le amarán y junto al Padre, vendrán a habitar en aquel que muestre de esta manera su fidelidad.

“Es muy hermoso pensar en la vida con el Señor como una relación de amistad que crece día tras día... ¡Es el camino!... Tenemos un Padre tierno, un Padre afectuoso, un Padre que nos ama, que nos ha amado desde siempre: cuando se experimenta, el corazón se derrite y caen dudas, miedos, sensaciones de indignidad. Nada puede oponerse a este amor del encuentro con el Señor.” (Papa Francisco. Audiencia General 21 de diciembre de 2022)

Pidamos al Señor la gracia de una fe madura para creer en Él y seguirle.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Cómo es mi fe en Jesús resucitado? ¿Una fe romántica, heredada u otra?
- ¿Qué pienso de Cristo y su doctrina? ¿Me someto alegre y libremente a ella?
- ¿Son nuestros hijos un reflejo fiel de lo que somos o no nos reflejan?
- ¿Procuramos que los nuestros cultiven la fe que en ellos hemos sembrado?

¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!

Colaboración del Diácono Ronal Salvo Olave

*Yo soy el camino, la verdad, y la vida.
Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí.*

Juan 14,6



Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 14.05.2023

La Palabra (Extracto de Juan 14, 15-21)

En aquel tiempo Jesús dijo a sus discípulos: - *Si me aman, obedecerán mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y les dará otro Consolador, para que esté siempre con ustedes. Es el Espíritu de la verdad que no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; ustedes en cambio lo conocen porque vive en ustedes y con ustedes está.*

No los dejaré huérfanos; regresaré con ustedes. El mundo dejará de verme dentro de poco; ustedes en cambio, seguirán viéndome, porque yo vivo y ustedes también vivirán.

Cuando llegue aquel día reconocerán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes. El que acepta mis mandamientos y los pone en práctica, ese me ama de verdad; y el que me ama será amado por mi Padre. También yo lo amaré y me manifestaré a él."



Evangelio
Juan 14, 15-21

Una reflexión para la vida de familia

Juan nos presenta un nuevo diálogo de Jesús con sus discípulos, pues para él el gran valor de la enseñanza de Jesús brota de estos encuentros personales con su Maestro. En esta ocasión el Señor les habla directamente del Espíritu Santo, pero antes de mencionarlo, les da una máxima que no olvidarán, pues será la prueba de su adhesión a Él. *“Si me aman, obedecerán mis mandamientos.”*

Es la prueba de su adhesión, de su pronunciamiento definitivo que no son palabras de buena crianza que luego se llevará el viento, sino la expresión genuina del corazón que anhela estar en unión íntima con Él. No es una obediencia convencional, para dejar contento al otro, sino la muestra de una confianza sin límites en aquel que me da la certeza de la vida plena que me ha prometido, por ello me someto libre y voluntariamente a su querer. Sus mandatos son la prueba del amor que me tiene. Por lo tanto, mi obediencia es mi respuesta a su amor.

Ahora, si esta relación es tal, asegura a los suyos: *“Yo rogaré al Padre y les dará otro Consolador, para que esté siempre con ustedes.”* Les dice que es el Espíritu de la verdad que el mundo no puede recibir y la razón no es otra que la que proviene del mismo mundo, pues se han cerrado muchos corazones a la verdad y se han dejado atrapar por el mal que se escuda en la mentira y el engaño para atrapar a los incautos y soberbios que pretenden hacerse dueños de la verdad.

Por esta razón también les asegura que ellos sí lo tienen en sí porque se han abierto a su palabra y dejándolo todo le han seguido alimentándose con la Palabra de Dios que es Espíritu y Vida. Lo que el mundo no ha podido ver ellos sí lo han visto, aceptándolo a Él como al Hijo del Padre que está con ellos y vive con ellos.

Así como antes les ha dicho que quien lo ve a Él ha visto al Padre, igualmente, viéndole han tenido la experiencia de encontrarse con el Espíritu encarnado en su persona.



Por lo mismo les afirma que no los abandonará en la orfandad, porque volverá a ellos, pues el Espíritu Santo, el Consolador, seguirá viviendo con ellos. El mundo dejará de verlo, pero no así aquellos en que el Espíritu more, pues ellos sí le verán, pues estará vivo. *“Cuando llegue aquel día reconocerán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí, y yo en ustedes”*. Por eso todos cuanto estén adheridos a Él por el amor están llamados a mostrar su rostro al mundo, para que todos se salven.

Su recomendación es: *“El que acepta mis mandamientos y los pone en práctica, ese me ama de verdad; y el que me ama será amado por mi Padre.”* Veladamente el Señor les está revelando su Trinidad, aunque ellos aún no habían madurado todo cuanto

les había anunciado hasta ese momento. Por eso prosigue asegurándoles: *“También yo lo amaré y me manifestaré a él.” “Ámense los unos a los otros. Como yo los he amado, así también ámense los unos a los otros” (Juan 14, 34)*, siendo la caridad la esencia y el alma de este mandato y la demostración cierta del amor a Dios: *“Porque el amor - a Dios - consiste en cumplir sus mandamientos” (1 Jn 5, 3)*. Y *“Este amor, que es a la vez amor a Jesús, representa la condición para ser amados por el Padre: «El que recibe mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él» (Jn 14, 21)” (Juan Pablo II, audiencia general del 13 de octubre de 1999)*.

Esa experiencia vivida por los apóstoles ha llegado a nosotros en la Palabra del Señor, narrada, en este caso por un testigo presencial. Y es para nosotros un testimonio de gran valor, ratificado por la enseñanza de los legítimos pastores, sucesores de aquellos apóstoles que rodeaban al Señor, cuya responsabilidad es acercar a los fieles la enseñanza del Maestro, encarnándola, para hacerla creíble ante un mundo escéptico que se niega a aceptar lo evidente.

Pero este mandato de poner en práctica los mandatos del Señor, alcanza a todos los que buscan la verdad y al tener la experiencia de encontrarse con la Palabra de Dios, sienten el deseo de seguir a Jesús y su doctrina. La conclusión es clara: dejémonos penetrar por

el Espíritu de la verdad, asumamos los mandatos del Maestro y llevémoslos a la práctica; así tendremos la seguridad de que el Padre nos amará, lo mismo que el Hijo, quien se manifestará a nosotros.

Los tiempos que vivimos se presentan convulsionados por distintas ideologías que tratan de mostrarnos caminos alejados de la fuente de la verdad que encierra la Palabra de Dios. Hay violencia en las relaciones interpersonales, entre los estados y la sociedad en general. Existe egoísmo de parte de muchos de quienes sustentan el poder y debieran velar por el bien común. Incluso ciertos pensamientos religiosos pretenden imponerse por la fuerza. Y frente a todo ello han de actuar los seguidores de Cristo, con un mensaje de esperanza para cuantos sufren y cuantos se empeñan en la búsqueda de la verdad, con un corazón disponible, alejados de toda soberbia que pudiera ensombrecer nuestra mente y corazón.



Quienes actúen de esta manera pueden estar ciertos que no están solos en esta misión, pues el mismo Señor ha confirmado su presencia en aquellos que le sigan asumiendo en su propia vida y su actuación, sus mandatos. Ellos contarán con la presencia del Espíritu de la verdad que les dará lo necesario para que su acción sea fecunda, contando con el amor del Padre y de su Hijo.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Somos conscientes que la obediencia no es imposición sino prueba de amor?
- ¿Puede el Espíritu Santo transformar nuestro corazón si no hay disponibilidad?
- ¿Creemos se pueda actuar frente a un mundo que niega a Dios?
- ¿Podemos llevar a la práctica el mandato de Cristo si somos perseguidos?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Colaboración del Diácono Ronal Salvo Olave

Si me aman, obedecerán mis mandamientos.

Juan 14. 15

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 21.05.2023. La ascensión del Señor

La Palabra (Extracto de Mateo 28,16-20)

Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, lo adoraron; ellos que habían dudado. Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

- Dios me ha dado autoridad plena sobre el cielo y la tierra. Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado. Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el final de los tiempos.

Una reflexión para la vida de familia

San Mateo nos narra la experiencia de los once que estuvieron presentes cuando el Señor subió al cielo, en el lugar que él los había citado. Si verlo resucitado ya había sido un impacto que los confirmaba en la fe en Jesús como Hijo del Padre, ahora que lo veían antes de subir al Padre le adoraron como a Dios, aunque, lo confiesa el evangelista, habían dudado de su divinidad.

Las palabras de Jesús resucitado no daban lugar a dudas acerca de su naturaleza: “Dios me ha dado autoridad plena sobre el cielo y tierra.” ¿Quién podía gobernar sobre cielo y tierra sino Dios mismo? Por eso Jesús asume su papel y ordena: “Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado.”

Ya les había dicho que el Padre y Él eran uno y cuando les habló del Consolador, les dijo que estaría siempre con ellos, que era la promesa que les había hecho de estar, Él, siempre con ellos. Cuando les decía que el Padre estaba en Él y Él en el Padre, les hablaba de esa unidad total y ahora les agregaba que el Consolador vendría del Padre y Él estaría en Él, les estaba mostrando la dimensión de la Trinidad, sin expresarlo de esa forma, pero dando a conocer concretamente la unión perfectísima que existe en Dios.

Si esto les era difícil de comprender les auxilia con su orden de consagrar a los bautizados: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Porque, ¿cuál es el sentido de la consagración? Poner al consagrado bajo la potestad de Dios.



Evangelio
Mateo 28,16-20

Ascensión del Señor
Lanchares, Antonio de. Hacia 1620

De ahí emana entonces el compromiso de todo bautizado. Es un consagrado a Dios, como lo recuerda el sacramento del Bautismo que configura a quien lo recibe como miembro de Cristo sacerdote, profeta y rey, mediante la unción con el santo Crisma.

Lamentablemente con el correr del tiempo hemos ido perdiendo la sensibilidad para apreciar este sacramento y nos conformamos con el rito, sin fijarnos en el sentido del mismo, menos aún en sentirnos comprometidos de una manera tan directa como miembros de Cristo. Sabemos que nos incorporamos a su Iglesia, pero ignoramos lo que ello significa, aun cuando el Señor ha sido muy claro en su orden: *“Enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado.”* Y ¿qué es lo que nos ha mandado? Todo está en su enseñanza.

Que importante, entonces, auscultar la Palabra del Señor para enterarnos de la enseñanza que como herencia llega hasta nosotros de parte de quienes fueron sus discípulos. Así tenemos los Evangelios que nos van mostrando una reseña del paso de Jesús por nuestra historia, pero también tenemos los escritos más antiguos a los que Jesús hacía referencia, las Escrituras, y también cartas de los apóstoles, para animar a las comunidades en formación que habían aceptado la doctrina haciéndose seguidores del Señor.



Pero ello no es todo, pues el Consolador, el Espíritu Santo, sigue acompañando a la Iglesia y actuando a través de los legítimos pastores que son los sucesores de los apóstoles. No podemos olvidar las palabras del Señor que nos decía que el Santo Espíritu nos mostraría la verdad completa.

No debemos olvidar tampoco que el mismo Juan Bautista decía que el Mesías bautizaría con Espíritu y Fuego. Por lo tanto, el Bautismo que el Señor recomienda dar a quienes crean en Él, tiene estas características y ello nos da la seguridad de recibir al Espíritu Santo y el fuego de su amor para llevar adelante el compromiso adquirido de presentarnos como sacerdotes, profetas y reyes, para llevar la Buena Nueva a todos los rincones.

Pero la mayoría fuimos bautizados siendo niños pequeños, sin habernos pronunciado explícitamente, pero en nuestro lugar actuó la voluntad de nuestros padres, apoyados en su fe. Por lo mismo existe el sacramento de la Confirmación a una edad en la que, sí, podemos pronunciarnos y aceptar pertenecer a la Iglesia como miembro activo del Cuerpo de Cristo. En este sacramento recibimos el Espíritu Santo en plenitud y sus dones que nos permiten mantener la coherencia entre lo que creemos y lo que hacemos. De allí la importancia de prepararnos adecuadamente para recibirlo.

“En virtud del Espíritu Santo, el bautismo nos sumerge en la muerte y resurrección del Señor, ahogando en la fuente bautismal al hombre viejo, dominado por el pecado que separa de Dios y haciendo nacer al hombre nuevo, recreado en Jesús. En Él, todos los hijos de Adán están llamados a una vida nueva. El bautismo, es decir, es un renacimiento... permite a Cristo vivir en nosotros y a nosotros vivir unidos a Él, para colaborar en la Iglesia, cada uno según la propia condición, en la transformación del mundo (Papa Francisco, Audiencia General del 11 de abril de 2018).



Dios es amor, misericordia infinita y eternamente justo y jamás condenará a alguien por ignorancia involuntaria. Otra cosa es cuando, para evitarnos complicaciones o salir de nuestro estado de confort, voluntariamente nos escudamos en un “no sabía”. A Dios no lo podemos engañar y pretender hacerlo nos pone en situación de falta.

Él ha puesto en nuestra naturaleza todos los elementos necesarios para encontrarle, establecer con Él una relación, avanzar en el conocimiento de su voluntad y llevarla a la práctica. Por lo tanto, frente a Él nada vale un “nunca nadie me lo ha dicho”, ya que a través de su Hijo amado nos ha dicho: “Pidan y Dios les dará, busquen y encontrarán, llamen y Dios les abrirá.”(Mt 7,7).

Si hemos sido bautizados, examinemos nuestra vida a la luz de la Palabra del Señor y veamos si hemos sido consecuentes con el sacramento recibido. Dios siempre espera para auxiliarnos. No le demos la espalda.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Me siento parte de la Iglesia de Cristo? ¿Soy un creyente pasivo o activo?
- ¿Alguna vez he pensado que por ser bautizado tengo un compromiso?
- ¿Soy un confirmado? ¿Por qué pedí ese sacramento? ¿Me preparé bien?
- ¿Es tema para mí ser coherente en la fe, en medio de un mundo que no cree?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Colaboración del Diácono Ronal Salvo Olave.

Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Mateo 28,19

Familia, vive la Palabra de Dios Domingo 28.05.2023. Pentecostés

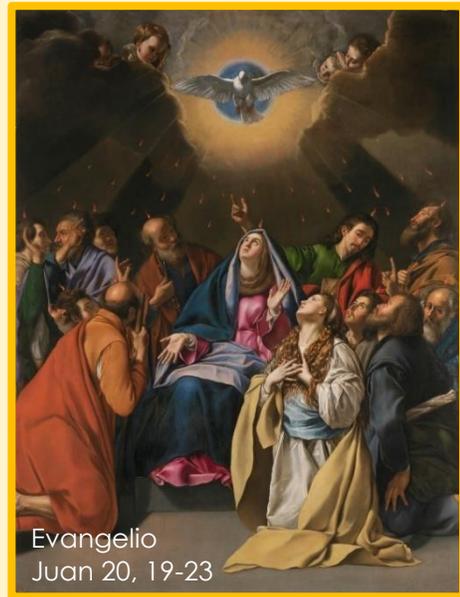
La Palabra (Extracto de Juan 20, 19-23)

Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: - *La paz esté con ustedes.* Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

Jesús les dijo de nuevo: - *La paz esté con ustedes.*

Y añadió: - *Como el Padre me ha enviado, yo también los envío a ustedes.*

Sopló sobre ellos y les dijo: - *Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengan, Dios se los retendrá.*



Evangelio
Juan 20, 19-23

Pentecostés. Maíno, Fray Juan Bautista. 1615 - 1620

Una reflexión para la vida de familia

Juan en su relato nos presenta la aparición de Jesús, después de su resurrección, a sus discípulos triste y acongojados, con miedo a lo que los judíos podrían hacerles, una vez que ya habían eliminado a su Maestro. Jesús se presenta en medio de ellos sin haber abierto una puerta, simplemente se hizo presente. Imaginemos por un momento la impresión que ello debe haber producido en sus discípulos.

Seguramente su primera impresión fue la de estar frente a un fantasma o una alucinación colectiva. No debe haber pasado por su mente que aquello era real. Pero escucharon su voz, la que llevaban grabada en sus corazones, producto del tiempo que habían pasado con Él.

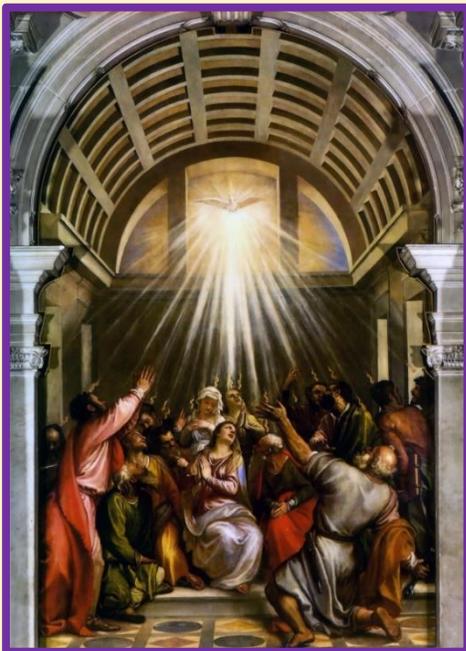
Jesús les dijo: “*La paz esté con ustedes*”. Sí, era su voz, la misma que les había enseñado tantas cosas. Pero no sólo se quedó en el saludo, sino que les mostró las manos y el costado como prueba de que era el crucificado. Ellos deben haber estado como petrificados, pero al ver sus gestos comenzaron a volver a la realidad y se alegraron enormemente por su presencia, aun cuando lo veían no encontraban en ello explicación.

Entonces Jesús les repitió su saludo: “*La paz esté con ustedes*”. Agregando: “*Como el Padre me ha enviado, yo también los envío a ustedes*”. Esto concitó su atención, pues intuían que les encomendaría una misión semejante a cuando los envió de dos en dos a predicar. Pero Jesús hizo otro gesto, sopló sobre ellos al tiempo que decía: “*Reciban el*

Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengan, Dios se los retendrá.”

Esto era muchísimo más de lo que podían imaginar, pues lo aprendido en su religión era que sólo Dios podía perdonar los pecados y su propio Maestro había sido criticado por ello y sus autoridades religiosas decían que estaba endemoniado. No obstante, ellos lo habían aceptado porque creían que era Hijo de Dios, aunque no entendían mucho el alcance que eso tenía.

Ahora el Señor les encomendaba esta misión a ellos que se sabían pecadores, por lo que



Pentecostés. Tiziano Vecellio. 1546.

sentían no ser capaces de ejercer dicha encomienda, pero no habían pensado en las primeras palabras del envío: “Reciban el Espíritu Santo. Ahí estaba la clave de este envío.

Ellos recordaban sus palabras cuando les prometió el Consolador, el Espíritu de la verdad y ahora se hacía realidad esa promesa, pues el mismo Señor se los entregaba.

De ahí en adelante asumieron esta verdad y la hicieron parte de su misión, tal como la consagración del pan y el vino, en la misma forma y fórmula empleada por su Maestro.

Ese legado ha llegado hasta nosotros en el presente, por la sucesión apostólica. Hoy tenemos el sacramento de la penitencia o Confesión y

podemos tener la certeza de que, cuando los pecados nos son perdonados, Dios mismo nos los ha perdonado; razón por la cual debemos acercarnos con humildad, reconociendo nuestra debilidad y nuestra culpa o responsabilidad, implorando su perdón, con un propósito serio de enmienda, de no volver a ofender al Señor con nuestras obras, pensamientos y deseos que estén en contra de su santa voluntad.

Lamentablemente hoy, por diversas circunstancias, este sacramento no es una prioridad en nuestra vida, aunque seguimos pecando y estamos necesitados del perdón de Dios para enmendar nuestro rumbo. Es común escuchar: “yo me confieso solo frente a Dios, pues Él nos perdona cuando estamos arrepentidos”. Esta manera de pensar tiene un cierto dejo de verdad porque Dios nos perdona cuando estamos realmente arrepentidos, sin embargo, el Señor nos ha dejado un camino para que hagamos efectivo su perdón.

Cuando pecamos, ciertamente ofendemos a Dios y siempre lo hacemos a través del hombre y Dios nos pide reconocer esto. Ahora, si por el hombre hemos pecado, Él nos entrega su perdón a través del hombre, un sacerdote. De esta forma el sacerdote es signo e instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador. Nunca es dueño, sino sólo servidor del perdón de Dios.

La Iglesia tiene dentro de su ordenamiento un mandato que alcanza a todos sus fieles sin distinción, desde el Papa hasta el último converso y éste es el deber de confesarse al menos una vez al año, en especial por el tiempo de Pascua de Resurrección.

Es posible que ignoremos dicho mandato, ya que la enseñanza del catecismo lo ha dejado al arbitrio de la persona y cuando debemos ocuparnos en la salud del alma, lo dejamos de lado por vergüenza, falta de tiempo, falta de confesores y no saber cómo hacerlo. Pero ha de ser prioridad en nuestras vidas.

No voy a un juez a ajustar cuentas, voy a encontrarme con Jesús que me ama y me cura... Demos a Dios el primer lugar en la confesión. Si, Dios, si, Él es el protagonista, todo se vuelve hermoso y la confesión se convierte en el sacramento de la alegría. Sí, de la alegría, no del miedo o del juicio, sino de la alegría. (Papa Francisco, Discurso 14 de septiembre de 2021)



Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Cuál es nuestra actitud frente a la muerte; procuramos la atención espiritual?
- ¿Soy capaz de apoyar a los deudos a enfrentarla con esperanza y fe?
- ¿Sentimos la confesión como una necesidad vital que no debe postergarse?
- ¿Somos capaces de ayudar a otros, auxiliándolos con la preparación?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Colaboración del Diácono Ronal Salvo Olave

La paz esté con ustedes.

Juan 20. 19